

CONGRESO DE EE. UU.

Los senadores imponen límites a Trump en el tema de Irán

INTERNACIONAL

25_06_2026



**Stefano
Magni**



Si los analistas de política exterior siguen estando atónitos ante la facilidad con la que Trump ha firmado un memorándum de entendimiento con Irán, con cláusulas que malvenden literalmente las exigencias estadounidenses, es porque quizá subestiman la

dura batalla que se está librando en el Congreso.

El 23 de junio, tras la votación en la Cámara de Representantes, también en el Senado, de mayoría republicana, se aprobó el texto de la resolución sobre los “poderes de guerra” del presidente. No se trata de una ley propiamente dicha porque no es vinculante, pero exige una consulta con el Congreso antes de decidir una acción militar. De hecho, es una medida que impediría a Trump reanudar las operaciones militares contra Irán, incluso si este último rechazara la negociación o no respetara los términos del memorándum de entendimiento. Esta resolución está siguiendo un proceso que comenzó mucho antes de que Trump firmara en Versalles el primer acuerdo con el archienemigo de Teherán. Así pues, solo podemos imaginar la presión interna sobre el presidente, que se suma, ni que decir tiene, a la evidente oposición al conflicto por parte de buena parte de su administración, incluido el vicepresidente JD Vance (no es casualidad que sea él quien negocie personalmente con el régimen de Teherán).

La resolución sobre los poderes bélicos del presidente ha sido aprobada con el voto unánime de los senadores demócratas, más cuatro republicanos disidentes que han permitido dar la vuelta a la mayoría: Bill Cassidy (Luisiana), Susan Collins (Maine), Lisa Murkowski (Alaska) y Rand Paul (Kentucky). Solo en el caso de este último se puede hablar de un voto ideológico: Paul, al igual que su famoso padre Ron, es un libertario y un aislacionista convencido. Lisa Murkowski se erige como líder de los senadores republicanos contrarios a Trump desde hace tiempo y, a estas alturas, sus enfrentamientos con el presidente son innumerables. Susan Collins era una firme defensora de la intervención en Irán y defendió la decisión del presidente. Pero, una vez transcurridos los sesenta días de la “Ley de Poderes Bélicos” de 1973 —durante los cuales el presidente puede actuar de forma urgente en un conflicto incluso sin solicitar el consentimiento del Congreso—, considera que la pelota debe pasar de nuevo al poder legislativo. Por último, al grupo de disidentes internos se ha sumado también Bill Cassidy, aunque no se sabe si por convicción política o por motivos electorales o personales: Trump, al considerarlo poco leal a él, no lo apoyó en las primarias para su reelección en Luisiana y, de hecho, provocó su derrota.

El enfrentamiento más duro con Cassidy se produjo durante el almuerzo con los senadores organizado por Trump el 24 de junio. El presidente, con su habitual tono burlón, se mofó de él en público por no haber sido reelegido en Luisiana. Siguiendo con el tema de la discusión, Cassidy se levantó. “No le han dicho al pueblo estadounidense lo que está pasando”, le dijo a Trump, según él mismo afirmó. “Iba a durar cuatro semanas, pero ha durado cuatro meses”.

La realidad es que la resolución sobre Irán y los poderes bélicos del presidente se inscribe en un debate mucho más amplio (y mucho más duro) sobre la política interna. A Trump, de hecho, le interesa sobre todo que los republicanos ganen las elecciones de noviembre. Y está convencido de que no podrán ganarlas si no se aprueba el paquete de reformas sobre las normas electorales denominado “Save America Act”, una ley que exigiría un documento de identidad válido a los votantes que acudan a las urnas. Pero para una ley tan importante que cambiaría el equilibrio de fuerzas entre el Gobierno federal y los distintos estados (hasta ahora son los estados los que establecen las normas electorales), se necesita una mayoría cualificada de 60 votos de los 100 del Senado. Los republicanos, aunque son mayoría, cuentan con 53 escaños y ningún demócrata quiere votar a favor de impedir que un ciudadano entre en un colegio electoral a votar sin documentos. Lo consideran un acto de racismo.

Dado que los republicanos consideran la “Save America Act” una causa perdida y no apoyan las propuestas para cambiar las normas de votación en el Senado, Trump, en represalia, se ha negado a firmar una ley bipartidista sobre la liberalización de las normas de construcción, considerada por ambos partidos como importante para la reactivación del sector. Así, un enfrentamiento cada vez más duro entre el presidente y sus senadores se refleja también en la política exterior, con los miembros del poder legislativo cada vez más abiertamente hartos de su “padre-amo” y, por tanto, más dispuestos a atarle las manos en lo que respecta a Irán.